



Las Últimas Noticias

DIARIO-MAGAZINE DE SANTIAGO PARA TODO CHILE

SANTIAGO DE CHILE, MARTES 15 DE ABRIL DE 1941

DE NUESTROS REDACTORES.—

LLEGARON LAS LLUVIAS

EL ESTADO leyendo estos días, tal vez por décima vez, la famosa obra de Rudyard Kipling, "El libro de las selvas vírgenes". Es un libro cuyo valor va creciendo con el tiempo. Mientras más se le lee, más bellezas muestra.

Y es que su belleza no es sólo una belleza para niños; es, además, una belleza para hombres y, también, una belleza para escritores. En esta última lectura, hecha en voz alta, para los míos, he podido apreciar, como hasta ahora no lo había hecho, la maravillosa precisión y delicadeza con que el gran escritor inglés observaba y describía la naturaleza, no una descripción sistemática, de naturalista, sino una que pone en relación al hombre con la vida de los animales, las plantas, el aire, el sol, el viento.

Y, leyéndolo, llegué a un momento en que las sensaciones experimentadas por Mowgli, por Bagheera, por la manada del Hermano Gris, por Mao, el pavo real y por Kaa, la gran serpiente pitón, coincidían con las mías. Se trata, en el libro, de un cambio de estación, del paso del invierno a la primavera. En eso diferíamos, pues, yo estaba en otro cambio: el del verano al otoño. Dice Kipling: "Hay un día en que todas las cosas parecen fatigadas, y hasta los mismos colores, al elevarse por el pesado aire, dijérase que tienen algo de viejo, de hartado usado". La observación es exacta y — en eso reside su valor — válida para todas las estaciones, para todos los climas y para todos los seres que habitan la superficie terrestre.

La demostración de esa calidez, de esa universalidad, la sentía yo en mí mismo y seguramente la han sentido todos los que, junto conmigo, han vivido en Santiago estos días de fines de verano. Podría haberse pensado que algo o alguien se oponía a que terminara el verano, tal vez el sol, tal vez la tierra, tal vez las plantas, tal vez los pájaros. ¿Qué hay del otoño?, me preguntaba, al sentir sobre la espalda un sol fuerte y al respirar un aire pesado y caliente. ¿Qué hay de las lluvias? La gente se preguntaba, sin duda, lo mismo y todos sentíamos en la piel, en los ojos, en el cuerpo todo, quizá hasta en el espíritu, la necesidad de otro aire, de otra temperatura. Yo hasta sentía el deseo de que una gota de lluvia cayera sobre mis manos o sobre mi rostro y gozaba por anticipado del placer que me produciría sentir la lluvia cayendo, de noche, sobre el tejado.

La lluvia vino, por fin, y cayó por todas partes, generosamente. Cesó, grandes nubes corrieron por el cielo, sopló con fuerza el viento y, de un día para otro, todo cambió: el aire se hizo más fino, el sol calentó de otro modo, sin pesadez, y el cielo apareció más azul. Había terminado el verano. Empezaba el otoño, el hermoso otoño del valle central, tan hermoso como su primavera, como su verano y como su invierno. La piel se sintió como rejuvenecida, fresca, y el ojo pudo mirar cómo, de una noche para otra, reverdecían las faldas de los cerros y algunas manchas de nieve lucían sobre los picachos del cerro de Ramón. Maravilloso.

Sí, maravilloso, dirá alguien, pero usted olvida que eso que le parece a usted tan poético es trágico para muchos chilenos cuyas casas no tienen, como la de usted, un buen tejado donde puedan sentir caer la lluvia sin el peligro de que se les meta para adentro; y que otros hay que no tienen suficiente ropa y para quienes el frío es una tortura.

Y ese alguien tendrá sólo aparentemente razón, pues no ignora lo que él podría decirme. Sólo que no soy yo ni es él quien pone la culpa de que existan aquellos hombres.

Manuel ROJAS.